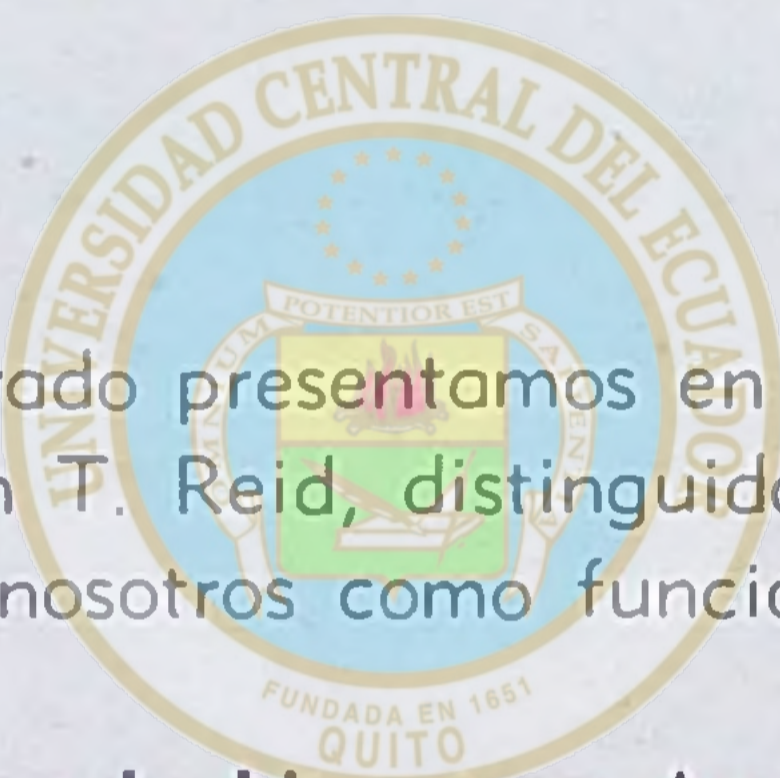


Por el Dr. John T. Reid

El Americanismo en la Literatura Americana



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL



Con particular agrado presentamos en ANALES esta valiosa colaboración del Dr. John T. Reid, distinguido y culto profesor norteamericano, ahora entre nosotros como funcionario de la Embajada de su gran país.

El Americanismo en la Literatura Americana constituye un estudio crítico que su autor leyó en el Salón Máximo de la Universidad Central, ante un selecto público y bajo los auspicios de la Sociedad Jurídico Literaria del Ecuador. Todas las personas que tuvieron la oportunidad de oír al Dr. Reid, apreciaron su disertación como un aporte efectivo, claro y sustancioso a la crítica de la literatura continental, presentado con admirable conocimiento del tema y en un esquema perfectamente bien estructurado.

Al publicar el trabajo del Dr. Reid, tenemos la seguridad de que contribuimos no sólo al mejor conocimiento de la expresión literaria general de América, sino que propendemos, a la vez, a la difusión más acertada y concreta de sus valores peculiares, de su significado como fuerza artística propia y de sus anchas posibilidades en el futuro.

Consignamos nuestro cordial agradecimiento al Sr. Dr. John T. Reid por su culta atención al habernos permitido traer a esta publicación universitaria su interesante estudio.

N. de la R.

Para mí es sumamente honroso reunirme con ustedes esta tarde en la franca camaradería de la amistad intelectual. En estos días cuando el tema de las Américas es la cooperación continental, creo que nosotros que tenemos un entrañable cariño para la vida del espíritu llevamos una ventaja notable en el mundo de la cooperación. En la esfera política y económica hay y siempre habrá enormes dificultades en el camino de la fraternidad internacional. "Poderoso caballero es Don Dinero" rezan las líneas del antiguo poeta español, pero las amistades que se forman con la bendición de este poderoso caballero no son las más duraderas y están fatalmente sujetas a las tempestades de trastornos económicos. En cambio los lazos entre las Américas que se tejen con los hilos de interpenetración intelectual y espiritual serán sedosamente delicados pero eternamente fuertes. No voy a hablar más de este asunto, porque creo que nos comprendemos como amigos sin falta de más palabras.

Tal vez el tema que he elegido para mi charla esta tarde les parezca un poco inapropiado para un extranjero y sobre todo para un anglosajón. Quizás ustedes se han preguntado, y con razón, ¿pero no es sobremanera presuntuoso que un "gringo" se proponga hablar del americanismo nuestro, y del desarrollo de este americanismo en una literatura que después de todo no es la suya? Y por eso quisiera aclarar mi punto de vista antes de entrar en materia. Yo no creo ser perito ni un gran conocedor de la literatura hispanoamericana; soy un simple aficionado de las riquezas que se encuentran en el mundo literario latino. He pasado muchas horas agradables de erranza en este mundo encantado y he quedado profundamente impresionado por esta lucha tenaz que siguen librando los mejores entre los escritores del nuevo mundo latino por expresar lo típicamente americano, lo esencialmente autóctono de ese mundo.

Por cierto que el tema del americanismo en la literatura ha sido uno de los más calurosamente discutidos en los círculos intelectuales del Continente. No se puede decir que hay un acuerdo general entre los hombres de letras de la América Hispana en cuanto a la definición del término: americanismo. Y por este hecho, gracias a Dios! En la variedad de matices que ha adquirido la palabra yace su grande y fecunda potencialidad. Por americanismo algunos han querido significar lo pintoresco, lo costumbrista, la descripción de las curiosidades americanas, y en este grupo se encuentran los esclarecidos nombres de Jorge Isaacs, Juan León Mera, y tantos otros. Por otro camino, varios escritores de la época moderna han proclamado como americanismo la exposición realista y a veces brutal de las llagas sociales de su América; representantes de esta manera de definir el americanismo son Mariano Azuela de Méjico y toda una escuela de magníficos novelistas del Ecuador.

Tal vez la única ventaja que favorece a un extranjero ante la literatura americanista de las repúblicas hispánicas es que puede tener una vista de conjunto posiblemente más amplia, aunque mucho menos penetrante, que los nacionales mismos. Por lo tanto en esta discusión lamentablemente incompleta, me propongo seguir con explicación esquemática los varios caminos que han trazado los autores en su busca de la realidad americana. No tendré en cuenta las fronteras políticas, porque según mi modo de pensar, el desarrollo del americanismo ha sido un fenómeno continental que ha tenido sus raíces y florecimiento en toda América sin distinción de entidades políticas. Claro que sería nada más que tontería decir que no haya habido diferencias nacionales en la historia literaria del americanismo. La literatura mejicana o ecuatoriana o argentina, tiene su personalidad propia, y cada una ha formado su manera especial de luchar contra la imitación de lo extranjero y contra la sospecha de inferioridad ante las culturas de Francia o España.

Sin embargo ha sido y sigue siendo un gigantesco esfuerzo continental que ofrece uno de los augurios más felices para una América fuerte y orgullosa que al fin va a librarse de las cadenas que la han ligado con una Europa en decadencia.

El primero y el más fácil de los caminos que han seguido los hombres de letras de América, para expresar lo esencialmente propio de su mundo, es el que conduce a la representación del ambiente físico de la América española, la descripción de una naturaleza rica, variada y única. He aquí, por cierto, la pretensión más aparente de Iberoamérica para diferenciarse del viejo mundo. Qué contraste se ofrece entre los campos minúsculos, bien arreglados, y mansos de Europa, y la grandeza violenta y sublime de los Andes, las pampas sin límites y sin árboles de la Argentina, o la confusión húmeda del Amazonas! Pintar estas maravillas vírgenes, ha sido siempre un motivo de desafío para el artista que se propone explorar las realidades de América.

Hasta en la época colonial, caracterizada por la indiferencia renacentista ante las glorias de la naturaleza, las peculiaridades del ambiente físico, no se escaparon de la atención fina de los conquistadores y los devotos misioneros que los acompañaron. Los españoles llegaron al Mundo Nuevo ansiosos no solamente de descubrir el oro y la plata en las entrañas de los Andes, y el oro del alma indígena para la madre Iglesia, sino que también ardían con el deseo de ver cosas nuevas. Afortunadamente, no eran todos aventureros rudos y analfabetos, esos conquistadores. Algunos habían salido de los portales de Salamanca con una preparación humanista bien considerable, y escribieron crónicas de las aventuras que pasaron, y de las maravillas que encontraron. Estas crónicas, muchas veces llenas de brío y de la agudeza típica del Renacimiento, son una literatura de interés americanista así como documentos históricos del más alto valor.

Aunque en la mayoría de las páginas escritas por los antiguos cronistas se trata de las hazañas heroicas y a veces increíbles de los exploradores y conquistadores, se encuentran de vez en cuando descripciones de la naturaleza, que son interesantes y bastante exactas.

Consideremos, por ejemplo, este curioso trazado de un pájaro tropical, que he tomado de las páginas ingenuas y jugosas del cronista, Gonzalo Fernández de Oviedo, un soldado viril que encontró, durante su vida aventurera, algunos momentos para componer en 1535 su magistral **Historia Natural y General de las Indias:**

"Hay unos pajaritos tan chiquitos que el bulto todo de uno de ellos es menor que la cabeza del dedo pulgar de la mano y pelado es más de la mitad menor de lo que es dicho; es una ave-cica que además de su pequeñez, tiene tanta velocidad y presteza en el volar que viéndola en el aire no se le pueden considerar las alas de otra manera que los escarabajos o avejones y no hay persona que le vea volar que piense que es otra cosa sino avejón. Los nidos son según la proporción o grandeza suya. Yo he visto uno de estos pajaricos que él y el nido puestos en un peso de pesar oro pesó todo dos tomines que son veinte y cuatro granos, con la pluma, la cual si no tuviera fuera el peso mucho menos. Sin duda parecía en la sutileza de sus piernas y manos a las ave-cicas que en las márgenes de las horas de rezar suelen poner los iluminadores; y es de muy hermosos colores su pluma dorada y verde y de otros colores, y el pico luengo según el cuerpo y tan delgado como un alfiler."

Algunas de las descripciones coloniales más valiosas de la naturaleza, las trazaron las plumas hábiles de los misioneros españoles, cuya curiosidad paciente por las posibilidades agrícolas del Nuevo Mundo nos admira hasta ahora. Aunque la **Rusticatio Mexicana**, largo poema descriptivo del padre jesuita, Rafael Landívar, fué escrito en latín, su contenido americanista es claro e inequívoco, y sus páginas ofrecen un cuadro brillante y plástico de las riquezas naturales de Méjico y Guatemala. Bien lo dice el insigne historiador literario, Isaac Barrera: "En elegantes versos latinos van pasando los lagos y las montañas; la selva y la cordillera, las punas y las llanuras; se describen las costumbres de sus habitantes, sus industrias, los métodos de vida, la fauna y la flora." Según el gran crítico, Menéndez y Pelayo, cuando se estudien los orígenes de la poesía descriptiva en el Nuevo Mundo, se pondrá la **Rusticatio** muy cerca de las **Silvas** de Andrés Bello. El poema es una verdadera geografía lírica.

Bien se podría observar que tales presentaciones son propias de la historia de la Botánica o de la Ornotología más bien que de la historia literaria. Y precisamente en esta observación se puede señalar el defecto principal de la visión de la naturaleza tal como se manifiesta en los escritores coloniales. La suya es una curiosidad de viajero, y casi siempre es evidente una manía un poco monótona de catalogar. Además, en cuanto al americanismo literario, a los

autores coloniales les faltó en la mayoría de los casos, el deseo de identificarse con la naturaleza maravillosa que contemplaban. Su manera de mirar el mundo vírgen, fué la de un extranjero que anota los aspectos singulares de una escena extraña, pero rara vez se vislumbra en sus escritos una nota de orgullo por ser habitantes del continente virgen.

Después de la emancipación política, se inició el desarrollo largo y algunas veces penoso, del nacionalismo hispanoamericano. A medida que los ciudadanos de las gloriosas repúblicas nuevas iban formando su personalidad política en las aulas legislativas y a veces, desgraciadamente, en el campo de batalla, los escritores autóctonos comenzaron a aprender el arte de glorificar los elementos distintivos del ambiente físico que iba a ser el teatro de su asombroso experimento de libertad. En esta magnífica tarea artística los hombres de letras de la Gran Colombia tuvieron una ventaja sensible. Estimulado por el celo investigador de viajeros ilustres como Humboldt y Lacondamine, había florecido a fines del siglo XVIII un grupo de criollos apasionados por la idea de conocer los secretos de la naturaleza de una manera exacta y científica. En este brillante núcleo se contaban los nombres del célebre Caldas, y los de Espejo y Maldonado, insignes ecuatorianos. En el ambiente intelectual creado por estos ingenios, se formó la personalidad del primer gran intérprete literario de la naturaleza americana, Andrés Bello. Sobresaliente en tantos ramos de la actividad humana, no se debe olvidar que Bello fué el poeta que dibujó en líneas de una belleza imperecedera la gloria del trópico americano. Aunque es verdad que la sombra de Virgilio se mueve en las estrofas de la "Silva a la agricultura de la zona tórrida", también se nota la influencia rigurosa de los naturalistas criollos de fines del coloniaje. De ahí la precisión en los detalles, el adjetivo tan cuidadosamente escogido, y la noble exactitud de la descripción de la naturaleza.

Bello dió un gran paso adelante, cuando supo combinar tan hábilmente el dibujo exacto de la naturaleza americana, con un profundo patriotismo. Ya no es el extranjero que mira fríamente las curiosidades de un mundo extraño, sino el americano que trata de penetrar en el sentido del paisaje de su país. Tal vez las líneas suyas han perdido para us-

tedes de tanto conocidas, algo de su frescura, pero para mí, un extranjero, todavía guardan su maravillosa lozanía:

Tú tejes al verano su guirnalda
de granadas espigas; tú la uva
das a la ardiente cuba:
no de purpúrea flor, o roja, o gualda
a tus florestas bellas
falta matiz alguno; y bebe en ellas
aromas mil el viento;
y greyes van sin cuento
paciendo tu verdura, desde el llano
que tiene por lindero el horizonte,
hasta el erguido monte,
de inaccesible nieve siempre cano.
Tú das la caña hermosa,
de do la miel se acendra,
por quien desdeña el mundo los panales;
tú en urnas de coral cuajas la almendra
que en la espumante jícara rebosa;
bulle carmín viviente en tus nopales,
que afrenta fuera al múrice de Tiro;
y de tu añil la tinta generosa
émula es de la lumbré del zafiro;
el vino es tuyo que la herida agave
para los hijos vierte
del Anáhuac feliz; y la hoja es tuya
que cuando de suave
humo en espiras vagorosas huya,
solazará el fastidio al ocio inerte.

Bello fué un clásico, y su visión del americanismo, por amplia y gloriosa que fuera, siempre quedaba dentro del marco un tanto estrecho del clasicismo. En el transcurso de los años, la influencia más importante para cultivar entre los literatos patriotas una realización de la grandeza del paisaje nativo, fué sin duda el romanticismo. Una de las características básicas de la literatura romántica fué el amor por la naturaleza, y especialmente interpretada ésta en sus aspectos más salvajes e imponentes. En los primeros años del siglo XIX, algunos de los románticos franceses, como Chateaubriand, habían sentido la brujería de las selvas

vírgenes de América. Este entusiasmo pronto se comunicó a los jóvenes románticos de las repúblicas americanas, quienes principiaban a darse cuenta de que no era necesario mirar más allá de su tierra nativa, para encontrar lo más exótico y romántico del mundo. Se determinaron a crear con un espléndido brío juvenil, una literatura americana, poniendo singular empeño en lo característico del escenario americano.

Entre los más fervientes de estos jóvenes románticos hay que citar el nombre del poeta argentino, Esteban Echeverría. Como tantos de aquella generación, se fué en su juventud a Francia y allí se empapó de la ideología fresca de un movimiento tan original como valioso. Después de algunos años de estudio en París, regresó a Buenos Aires. Fué apóstol de las teorías del nacionalismo literario y supo ejemplificarlas en la poesía. En uno de sus manifiestos literarios, escrito en 1834, él declaró:

“La poesía entre nosotros no ha llegado a adquirir el influjo y prepotencia moral que tuvo en la antigüedad y que hoy goza entre las cultas naciones europeas; preciso es, si se quiere conquistarla, que aparezca revestida de un carácter propio y original, y que, reflejando los colores de la naturaleza física que nos rodea, sea a la vez cuadro vivo de nuestras costumbres y la expresión más elevada de las ideas dominantes, de los sentimientos y pasiones que nacen del choque inmediato de nuestros sociales intereses, y en cuya esfera se mueve nuestra cultura intelectual. Sólo así, campeando libre de los lazos de toda extraña influencia, nuestra poesía llegará a ostentarse sublime como los Andes; peregrina, hermosa y varia en sus ornamentos como la fecunda tierra que la produce”.

En su poema mejor conocido, “La Cautiva”, estiliza una trágica relación de amor, en la cual un malón de los indios en la pampa, tiene una importancia esencial. El poema principia con una descripción de las inmensas llanuras argentinas vistas en el ocaso, y dice así:

Era la tarde y la hora
En que el sol la cresta dora
De los Andes. —El desierto
Inconmensurable, abierto,

Y misterioso a sus pies
 Se extiende; —triste el semblante
 Solitario y taciturno
 Como el mar, cuando un instante
 Al crepúsculo nocturno,
 Pone rienda a su altivez.

Gira en vano, reconcentra
 Su inmensidad y no encuentra
 La vista en su vivo anhelo,
 De fijar su fugaz vuelo,
 Como el pájaro en el mar.
 Doquier campos y heredades
 Del ave y bruto guaridas,
 Doquier cielo y soledades
 De Dios sólo conocidas,
 que él sólo puede sondar.

Otro autor que tal vez ha logrado menos fama continental pero que supo pintar la naturaleza americana con bellos colores románticos, fué la poetisa colombiana, Agripina Montes del Valle. Su poema, "Al Tequendama" es una de las muchas composiciones que rinden homenaje a aquella maravilla de la naturaleza, que tan profunda impresión deja en todos los que han visitado la culta capital colombiana:

Con tórrida opulencia
 En el sonriente y pintoresco valle
 Abren las palmas florecida calle.
 Por verte allí pasar, la platanera
 Sus abanicos de esmeralda agita,
 La onduladora elástica palmera
 Riega su gargantilla de corales,
 Y al rumor del titán cosmopolita,
 Con sus galas y aromas estivales,
 La indiana piña de la ardiente vega,
 Adorada del sol, de ámbar y de oro,
 Sus amarillos búcaros despliega.
 Sus ánforas de jugo nectarino
 Te ofrece hospitalaria
 La guanábana en traje campesino,

A la par que su rica vainillera
El tamarindo tropical desgrana
Y la silvestre higuera
Reviste al alba su lujosa grana.

Quizá con mejor éxito que los poetas, los novelistas románticos se deleitaron en la pintura de la naturaleza virgen de América. Junto con el benemérito escritor colombiano Jorge Isaacs, Juan León Mera es sin duda el más representativo y glorioso de la constelación de novelistas de tendencia romántica. Mera, como artista, tiene los vacíos que todos reconocemos; y, que, en parte son deficiencias de la época, y en otra defectos suyos. Pero a pesar de cierta falsedad romántica que es visible en su interpretación de los caracteres humanos, y en su visión de la naturaleza, no se puede pasar por alto su contribución al americanismo. Siendo evidente este aporte en las páginas de su **Ojeada histórico-crítica sobre la poesía ecuatoriana**, viene a ser un verdadero derroche de genio en las descripciones del paisaje que se encuentran con tanta riqueza en **Cumandá**. Como dice un insigne crítico ecuatoriano, "esa novela es la llamada más hermosa y más bien lograda del arte nacional, que se inspira en motivos propios".

Sin embargo, dentro del entusiasmo contagioso del Romanticismo, hay que confesar que los creadores de esta escuela en América, no lograron un éxito completo, en su ferviente deseo de presentar el cuadro fiel del ambiente natural americano. Se puede buscar la explicación de este hecho, en el temperamento romántico mismo. En Francia, España, y América, la visión romántica de la naturaleza, casi siempre estuvo un tanto ofuscada por el exceso de emoción que solía invadir la mentalidad romántica. La naturaleza era para ellos un espejo en el cual se reflejaba el sentimiento personal. El ocaso en la selva americana no significaba un fenómeno con valor estético intrínseco, sino un atardecer en que se matizaban los colores de una angustia íntima. Recuérdense los adjetivos que emplea Echeverría para describir las pampas argentinas: "misterioso", "solitario", "taciturno". Son epítetos que se refieren sobre todo a sentimientos humanos, y que contribuyen a formar una impresión difusa, muy alejada de lo que sería un cuadro rigurosamente objetivo.

A pesar de esta desventaja, no cabe duda de que los románticos sembraron los gérmenes de un interés en la escena local, que más tarde se transformó en el árbol robusto y fuerte de la novela continental.

El **americanismo** ha encontrado su desarrollo pleno, en un grupo de novelas que pertenecen al siglo veinte. Haciendo un esfuerzo sincero por librarse de la dependencia servil a los modelos europeos y, especialmente, por descartar el sentimentalismo romántico del siglo diez y nueve, los novelistas latinoamericanos de hoy, han creado una nueva técnica, y descubierto frescos puntos de vista. Todos se juntan en la tarea apostólica de mirar claramente su tierra natal, y analizar el efecto del ambiente vernáculo en la personalidad del hombre. El mundo americano ya no es un paisaje poético, visto a través de lentes de colores, sino el teatro realista en donde se desarrollan la vida y la lucha del hombre desvalido. Todo el escenario asombroso de la geografía americana, ha llegado a ser oro literario, y el magnífico desfile de la novela actual, abarca la jungla colombiana, los campos de nitrato de Chile, las llanuras húmedas de Venezuela, las laderas precipitadas del altiplano andino, y las voluptuosas tierras bajas del mar Caribe. Si me propusiera la tarea altamente sugestiva de analizar la descripción de la naturaleza en la novela latinoamericana en la época actual, habría materia para otra conferencia, más larga que ésta; y por este motivo me limitaré a dos ejemplos típicos: Una de las novelas hispanoamericanas más jugosas y logradas es **Doña Bárbara**, de Rómulo Gallegos. Es un relato de los **llanos**, que nos deja ver de una manera altamente realista y emocionante, el drama intenso de la lucha entre la barbarie y la civilización en Venezuela. **Doña Bárbara** es una obra artística integral que debe leerse como tal, pero tal vez un fragmento puede ejemplificar el vigor abundante de la obra:

"Avanza el rápido amanecer llanero. Comienza a moverse sobre la sabana la fresca brisa matinal, que huele a mastranto y a ganados. Empiezan a bajar las gallinas de las ramas del totumo y del merecure; el talisayo insaciable les arrastra el manto de oro del ala ahuecada y una a una las hace esponjarse de amor. Silban las perdices entre los pastos. En el paloapique de la majada una paraulata rompe su trino de plata. Pasan los vo-

races pericos, en bulliciosas bandadas; más arriba, la algarabía de los bandos de güiriríes, los rojos rosarios de corocoras; más arriba todavía las garzas blancas, serenas y silenciosas. Y bajo la salvaje algarabía de las aves que doran sus alas en la tierna luz del amanecer, sobre la ancha tierra por donde ya se dispersan los rebaños bravíos y galopan las yeguas cerriles saludando al día con el clarín del relincho, palpita con un ritmo amplio y poderoso la vida libre y recia de la llanura."

Otra novela notable, que ofrece cuadros impresionantes de las maravillas naturales de América, es "**La Vorágine**" del colombiano José Eustacio Rivera. Yo no me atrevería a decir que la jungla que es tan gráficamente presentada por Rivera, sea más verdadera que las bordadas pérgolas de **Cumandá**. Ustedes los ecuatorianos, que tan vivo interés tienen en el espléndido Oriente, lo pueden decir mejor que yo, pero que no cabe duda de que es una selva distinta la de Rivera. Este artista no omite ni un detalle que no subraye el horror de las selvas hirvientes de la cuenca del alto Amazonas. Habla de las perennes fiebres que embotan y embrutecen los sentidos del hombre, de las sanguijuelas y gusanos que llagan su cuerpo, y de las inacabables falanges de hormigas crueles que lo devoran vivo. Es dable sospechar que la selva de Rivera, pesadilla de muerte sombría, es una involuntaria reacción contra la jungla de los románticos. El protagonista de esa magnífica novela, dice en uno de sus momentos de angustia:

"¿Dónde está la destacada poesía de la soledad, las mariposas semejantes a flores traslucidas, las encantadoras aves y arroyos cantarinos? Todo ello no es sino manoseada fantasía de poetas que sólo saben de soledades urbanas. Aquí no existen ruidos románticos, ni jardines domados pulcramente, ni paisajes sentimentales. Allí sólo se escucha el monocorde coro del sapo en los charcos fermentantes, entre el cañizal podrido, todo encerrado en un marco de misantrópico monte bajo".

Si existe algún elemento común en la variedad múltiple de la literatura descriptiva actual, se lo encuentra en el esfuerzo general por buscar la palabra y la frase exactas, y por evitar las generalizaciones vagas e imprecisas, que fueron las preferidas de los novelistas del siglo diez y nue-

ve. De vez en cuando el vocabulario llega a ser tan hinchado con palabras locales, y casi técnicas, que la comprensión resulta difícil para el lector extranjero, aunque sea de habla española. Así sucede, en cierto sentido, con esa poderosa novela ecuatoriana, recién publicada: **La Isla Virgen** de Aguilera Malta. Sin embargo, esta riqueza de palabras locales y técnicas, constituye un instrumento seguro para tallar una escultura limpia y fuerte. Cada república, cada región de la América Española, ha desarrollado, dentro de la unidad esencial de la lengua castellana, un vocabulario adecuado para expresar la esencia del ambiente local. El uso artístico y libre de tales vocablos en literatura, es una de las mejores señales del desarrollo del americanismo literario.

Por hábil y realista que sea el artista, la descripción del paisaje representa solamente una fase incompleta y parcial del americanismo, y por eso huelga subrayar el hecho de que el paisaje sin personajes tiene limitaciones que le son obvias. Problema muchísimo más difícil de resolver, en el proceso de crear las nuevas literaturas de América, ha sido el de delinear los rasgos característicos de la sociedad humana, tal como ésta se ha desarrollado en el Nuevo Mundo. Cristalizar el temperamento de una nación o una raza dentro de la fragilidad del poema o en los capítulos de una novela es, sin duda, una de las tareas más delicadas del artista literario, porque exige un conocimiento íntimo del pueblo, junto a un profundo amor humano y a una acabada destreza técnica. Muchos escritores latinoamericanos han escogido el camino más fácil y tal vez el más superficial para resolver este problema: la ruta del folklore y la pintura de las costumbres populares. Esta es la segunda faz del americanismo literario, que comentaremos brevemente. En este aspecto, también el movimiento romántico prestó un estímulo poderoso a los autores americanos del siglo diez y nueve, que buscaban la manera de individualizar su literatura mediante el costumbrismo. Un elemento importante de la filosofía romántica, era el amor hacia lo pintoresco de las costumbres frescas y originales del habitante rural, no corrompido por un exceso de civilización. En la América Hispana esta fase especial del romanticismo gozaba de un desarrollo extensivo, y todavía ejerce una influencia marcada en la literatura actual. La maravillosa variedad de

costumbres regionales, la música criolla e indígena, y las maneras de vivir que han resultado de la fusión de la cultura hispánica con las originales de América ha suministrado campos fértiles para el artista que siente pasión por el folklore.

De la obra novelística del siglo diez y nueve, se podrían sacar un sinnúmero de ejemplos. La famosa **María** de Jorge Isaacs es un verdadero museo de las costumbres típicas del Valle del Cauca: se presentan en la célebre novela bodas campestres entre los negros, así como la consiguiente fiesta de bailes, medio africanos y medio españoles, y también trajes curiosos, cazas de tigres, detalles de la comida, y también caracteres de los vestidos, y de la arquitectura de las grandes haciendas.

Pero la forma literaria en la cual la inspiración folklórica encontró su expresión más plena, fué el cuadro de costumbres. Se publicaron artículos cortos llenos de colorido local, en una serie de breves periódicos literarios, que aparecieron en todos los países de la América española, desde Méjico hasta la Argentina, durante la mayor parte del siglo diez y nueve. Mientras que varios de los escritores conocidos probaron su destreza, describiendo pintorescas tradiciones sociales por este medio, hubo también un sinnúmero de costumbristas hoy olvidados, que contribuyeron con sus pequeñas miniaturas, para que tengamos hoy una historia divertida y bastante fiel de la vida social, en las incipientes repúblicas durante el siglo pasado. Los temas de estos cuadros de costumbres fueron de lo más variados: entre los predilectos se encuentran fiestas populares, bailes típicos acompañados de instrumentos musicales, supersticiones locales, curiosos tipos humanos y leyendas regionales. Algunas veces los cuadros eran enteramente descriptivas; en otras ocasiones escondían un filo de sátira crítica.

De esta curiosidad por lo pintoresco, tan desarrollada entre los románticos de América, la novela latinoamericana de hoy ha recibido una importante herencia. Con pocas excepciones, las novelas representativas de Iberoamérica durante este siglo, contienen el elemento del costumbrismo. Para reconocer la verdad, algunos críticos han alegado que el defecto más notable de tantas obras contemporáneas de América, es precisamente su falta de una fuerte unidad artística, su predilección por las series de cuadros desconec-

tados, y, en una palabra, su técnica netamente costumbrista. Claro que no se puede hacer generalizaciones demasiado exclusivas. También se debe recordar que varios de los novelistas hispanoamericanos, que son maestros de la técnica novelística, han prestado mayor atención a los temas psicológicos y urbanos, con preferencia a lo rural y campesino.

Una de las novelas más célebres de la Argentina es "**Don Segundo Sombra**", de Ricardo Güiraldes, libro que ofrece ejemplos abundantes de la importancia de las costumbres populares en la novela contemporánea. **Don Segundo Sombra** es una magnífica descripción de la vida en las pampas y presenta un retrato magistral de aquella figura casi legendaria —el gaucho— y de su destreza de jinete, su generosidad, su individualismo, y su amor por el canto y la leyenda. Aparte de los fieles cuadros de la vida cotidiana de los vaqueros argentinos, hay páginas emocionantes que describen escenas de carreras de caballos, fiestas gauchescas, riñas de gallos y rodeos. El párrafo siguiente, que capta el ritmo y el extraño encanto de un baile de los gauchos, bien puede servir de muestra de la riqueza del libro:

"Sin embargo, la animación crecía y éranos casi necesario un apuro de ritmos, cuando el bastonero golpeó las manos:

"—¡Vamoh'a ver, un gato bien cantadito y bailarines que sepan floriarse!

"El acordeonista dió sitio al guitarrero que iba a cantar.

"Los cuatro bailarines se colocaron cerca de los músicos. Las mujeres miraban el suelo, mientras los hombres requintaban el ala de sus chambergos.

"Empezaron a rasguear los mozos de las guitarras. Las manos de muñecas flojas pasaban sobre el encordado, con acompasado vaivén, y un golpe más fuerte marcaba el acento, cortando como un tajo el borrón rítmico del rasguido.

"El latigazo intermitente del acento, iba irradiando valentías de tambor en el ambiente. Los bailarines, de pie, esperaban que aquello se hiciera alma en los descansados músculos de sus paletas bravías, en la lisura de sus hombros lentos, en las largas fibras de sus tendones potentes.

"Gradualmente, la sala iba embebiéndose de aquella música. Estaban como curadas las paredes blancas que encerraban el tumulto".

Es el extranjero quien tiene mayor interés en el prurito por lo pintoresco, que es una fase del americanismo literario. Ustedes saben, mejor que yo, cómo son los turistas que vienen al Ecuador. No es, por lo general, lo profundo de la ecuatorianidad lo que les interesa, sino el color superficial del país, el poncho vistoso, el indio pintoresco, los exóticos periquillos. Pero según mi modo de pensar, el color local, como la descripción del paisaje, tiene sus limitaciones artísticas bien marcadas, cuando se trata de penetrar sinceramente en las realidades de la escena americana. Evidente es que cualquier ejemplo del americanismo literario, quedaría incompleto y falso, si evitara enteramente la introducción de elementos folklóricos y costumbristas. Pero si estos elementos llegan a ser el motivo principal de la obra, la novela no es más que una simple guía de turista, sin mayor significado para la literatura. Los críticos latinoamericanos se han dado clara cuenta de esta verdad, y entre ellos se puede notar una fuerte reacción contra la identificación de la descripción de costumbres nativas, en lenguaje un tanto rústico, con la expresión del espíritu americanista. Un crítico cubano, Juan Marinello, lo ha expresado en términos muy claros este sentir. El dice que "importa, ante todo, aislar de la literatura lo pintoresco, lo folklórico, lo que es superficial veladora. . . . Lo folklórico y lo pintoresco han sido largo tiempo modos engañosos de liberación".

¿Qué diremos, entonces, cuando se nos pregunta cuál es el elemento trascendental de la literatura americanista? ¿Qué más hay si colocamos el paisaje y el costumbrismo en una categoría de segunda importancia? Si entiendo bien a los críticos más autorizados en la materia, y a los novelistas más sensibles, el americanismo de la actualidad tiene por propósito principal el de interpretar los problemas sociales típicos del ambiente americano, aquellos que son el resultado del desarrollo especial y peculiar de condiciones raciales, económicas, e históricas en el nuevo mundo. Creo que estoy de acuerdo con los intelectuales prestigiosos de la América de habla española, cuando digo que el americanismo comprendido en tales términos, es mucho más que la propaganda limitada del socialismo o el comunismo. No se puede negar que algunos de los análisis más acertados de las llagas sociales americanas, han aparecido en la literatura de tendencia izquierdista. Pero la mejor literatura in-

terpretativa, aquella que tiene un fondo de americanismo social más significativo, es mucho más novela de tesis. Cuando un artista dice la verdad y la dice con un profundo cariño para su patria, por amarga y brutal que sea esa verdad, está haciendo una labor constructiva que no necesita del apoyo de una serie de predicaciones teóricas. Si yo estuviera hablando a un grupo de norteamericanos, sería necesario en este momento ofrecer una exposición sociológica de los males endémicos, que hacen tan negra la realidad latinoamericana. Impresionado o por el color pintoresco de la América Latina o por el cosmopolitismo de las grandes ciudades como Buenos Aires o Río de Janeiro, el público norteamericano apenas se da cuenta de la miseria económica que constituye un elemento tan destacado de la estructura de estos países. Pero ustedes los intelectuales del Ecuador, se han formado una conciencia clara y exacta de los problemas sociales de la América sufrida, y estaría por demás el recuerdo de esas verdades elementales. Vamos a ver cómo han entrado esas certezas amargas en la literatura de tendencia americanista:

No cabe duda de que el esfuerzo más significativo que se ha hecho como reacción contra los males centenarios de la economía social de América, ha sido la Revolución mejicana, la cual comenzó con la caída de Porfirio Díaz y continúa hasta hoy dirigiendo el destino social de la república azteca. En su esencia, la Revolución fué un movimiento confuso y al principio informe, pero sin duda ha dado a Méjico una nueva orientación para resolver sus problemas agrarios, educacionales y raciales.

Un huracán que llevó en su seno tanta emoción popular como la Revolución mejicana, no pudo menos que encontrar expresión literaria entre los autores que ansiosamente buscaban temas de la realidad americana. La literatura que fué el resultado de este gran movimiento popular ha sido abundante; produjo novelas, poesía, y hasta obras dramáticas. Una gran parte de ella tiene escaso valor literario. Compuesta en el fragor de la batalla, y torcida por las pasiones políticas del momento, encierra más valor documental que artístico. Pero, sin embargo, resaltan algunas novelas por su penetración americana y su calidad estética. Se las puede colocar al lado de los magníficos frescos de Diego Rivera como lo más valioso con que ha contri-

buído la Revolución al americanismo artístico. Entre las más destacadas producciones está **Los de abajo** de Mariano Azuela. Esta historia realista, en la cual el campesino inculto lleva un papel principal, fué concebida mientras el autor viajaba con las fuerzas de Pancho Villa en los años 1913—14, como médico militar. En compañía de esa banda abigarrada de asesinos, idealistas, y campesinos aturdidos, comenzó a trazar el bosquejo de su obra. Al fin se le obligó a buscar refugio al otro lado de la frontera en Tejas. Allí terminó **Los de Abajo** y vendió el manuscrito a un diario tejano en veinte dólares. Más tarde llegó a ser la novela más famosa de la Revolución y se tradujo a ocho idiomas, inclusive el inglés.

Como tantas otras novelas de la América Latina, no tiene más argumento o estructura que una serie de aventuras que reflejan la confusión de la vida entre los de abajo. Un breve resumen recordará el tema general del libro:

Demetrio Macías, un humilde indio oriundo de un pueblecito montaños del Estado de Jalisco, tiene la mala suerte de ser enemigo del cacique local, quien lo denuncia a las tropas federales como revolucionario. Por lo tanto Demetrio tiene que abandonar su hogar y familia, y huír a la montaña como fugitivo. El no conoce nada de la Revolución ni de su propósito. Lo que sí sabe es que él y los otros pobres diablitos que se le juntan en su escondite, ocultos entre los peñascos, son perseguidos por los mercenarios de los caciques y los grandes terratenientes, mercenarios que han destruído a llamas su casucha de paja y que desean matarle. Después de haber ganado la primera batalla con las tropas federales, su banda de revolucionarios crece de día en día. Entre sus secuaces se encuentra Luis Cervantes, un intelectual persuasivo de la ciudad. Este induce a Demetrio a reunir sus fuerzas con los grandes jefes de la Revolución, Villa, Carranza y otros. Haciendo esto, Demetrio al fin alcanza fama y es coronel y general del ejército. Peleando, saqueando, asesinando, dedicándose al amor o al trago, él y sus hombres son llevados por el gran viento de la Revolución. Es su hora de triunfo. Pero de repente Villa y Carranza riñen y las fuerzas de la Revolución se separan en dos bandos. Villa se encuentra derrotado, y desde entonces los hombres de Demetrio están en plena retirada. Su lucha final tiene lugar en el mismo cañón donde, dos años antes, había vertido la pri-

mera gota de sangre triunfal. Y en este teatro, al pie de una hueca de la montaña, enorme y majestuosa, como el pórtico de una antigua catedral, Demetrio Macías encuentra la muerte.

El autor no se ha empeñado en idealizar la Revolución ni tampoco en publicar un documento que sea una crítica acerba del movimiento. Su único propósito parece haber sido el de presentar una interpretación gráfica, fiel y artística de los acontecimientos y el ambiente de aquellos años sangrientos. Según las observaciones muy acertadas de un crítico norteamericano: "El lenguaje, en algunas páginas picante y viril y en otras poético y tranquilo, concuerda casi siempre con el humor y el carácter del cuento. Aunque al parecer la novela es sin plan como la Revolución misma, sin embargo se desarrolla de una manera natural y fácil. Así como nace del caos de guerrilleros y revolucionarios confusos el ideal bien definido de la Revolución. . . . también de las escenas aisladas de **Los de abajo** surge al fin una unidad artística que parece fruto de la experiencia vivida".

Espero haber podido subrayar una verdad elemental en cuanto a **Los de Abajo**: el hecho de que no es de ninguna manera una novela de propaganda. Al contrario, el lector deja el libro con un sabor un poco amargo, y siente que los repentinos cambios sociales representan un lastimoso malgasto de energías humanas. Lo importante es que esta novela es mejicana y americana hasta los tuétanos. El ambiente, el lenguaje, los personajes y el tema, todo en ella participa de la visión amplia y penetrante del autor, frente a la historia dolorosa de América. Nadie puede alegar que **Los de Abajo** sea un reflejo pálido de modelos europeos.

Ninguna revaloración literaria del problema humano en la América Latina contemporánea, sería válida si no abarcase al indio en su examen. Esta observación es aplicable sobre todo en los casos de las llamadas repúblicas indígenas —Méjico, Guatemala, el Ecuador, el Perú, y Bolivia. ¿Qué papel ha tenido el indio de América de el desarrollo del americanismo literario? El motivo del indio en la literatura americana se remonta hasta los días del coloniaje. Los cronistas españoles, por regla general, mostraron una inmensa curiosidad por las civilizaciones aborígenes que la conquista destruyó. Eclesiásticos y seculares escribieron relaciones detalladas, aunque muchas veces no muy exactas,

de los templos, las lenguas y las costumbres de los incas y los aztecas. Pero al fin de cuentas, el indio de la literatura colonial fué una figura falseada. Apareció casi siempre o como el ciudadano de imperios más o menos legendarios que ya había pasado a la historia cuando llegaron los españoles, o como el hombre primitivo, noble, bueno por naturaleza, maltratado por los conquistadores. El salvaje noble de los filósofos franceses del siglo diez y ocho y de Rousseau, deriva directamente de las páginas de Fray Bartolomé de las Casas, el padre español que dedicó su vida a rescatar al indígena de la opresión de los colonizadores españoles.

El habitante primitivo del Nuevo Mundo, también apareció en las páginas marciales de la literatura que acompañó a las guerras de Independencia. Movidos por su odio al español, los poetas revolucionarios evocaron al noble indio como símbolo de la virtud oprimida por los tiempos y, por un asombroso truco de prestidigitación, llegaron a identificar su propia causa con las glorias perdidas de las civilizaciones azteca e inca. Para ellos el indigenismo no fué sino una referencia patriótica que poco tenía que ver con el indio real. Hasta en el glorioso poema de Olmedo se puede notar esta nota falsa, cuando invoca en el campo de Junín la aparición sobrenatural de Atahualpa, quien seguramente tendría menos simpatía por los revolucionarios que por los españoles mismos.

Entre los poetas y novelistas románticos, el hermano de piel cobriza apenas tuvo mejor suerte. Algunos buscaron un melodrama legendario, en la resurrección literaria de las antiguas culturas indígenas. Los que pintaron al indio contemporáneo, sufrieron por lo general la influencia de Rousseau y Chateaubriand, y por consiguiente los personajes nativos fueron postizos y estilizados. Sus sentimientos y sus acciones eran los de un blanco, y de indígenas no tenían más que las plumas y el escenario aparatoso. En resumen, hasta la época moderna, el indio literario en la América española, ha sido un sér falsificado, producto de un conocimiento incompleto del indio verdadero. El literato, demasiadas veces, vivía en un mundo donde el indio llevaba un papel subhumano; y era un mueble como las sillas o las camas. Así no es de sorprenderse de que haya pasado inadvertida su alma.

Afortunadamente varios son los novelistas modernos que han hecho un esfuerzo concienzudo por conocer al indígena verdadero y para interpretar su vida y problemas por medio de los libros. En este esfuerzo, los mejicanos, los ecuatorianos y los peruanos han tenido más éxito. En mi opinión no ha habido en América un grupo de novelistas que haya sabido entrar más profundamente en la mentalidad indígena y montubia, como ciertos literatos ecuatorianos como Jorge Icaza, José de la Cuadra, Demetrio Aguilera Malta, Enrique Gil Gilbert, y varios otros. Por ser tan conocidas por ustedes no haré un comentario de las obras de estos escritores amigos. Además, sería un atrevimiento imperdonable de parte de un extranjero, analizarlas, cuando hay entre mis oyentes tantos que conocen la nueva literatura nacional mucho mejor que yo. Solamente dejo constancia de que la novela ecuatoriana de nuestros días ha adquirido una fama continental, por su interpretación exacta y valiosa del problema indigenista. Como advertencia amistosa y en honor de la verdad, debo manifestar que la novela ecuatoriana de vida indígena tiene entre sus muchas virtudes una tacha que tal vez puedo expresar mejor, valiéndome de las palabras de mi amigo, el crítico chileno, Arturo Torres Ríoseco: "La novela de tema indígena, especialmente la que han cultivado los jóvenes escritores de Guayaquil, es de hechura vigorosa, aunque su realismo sin alegría, su verdad desnuda, su celo para la reforma social, limitan tanto su horizonte, que en algunos casos llega a ser un mero estudio psicológico o un manifiesto socialista o agrario".

Los mejicanos también han explorado los misterios de la cuestión indígena en la novela. Una de las mejores novelas, a mi parecer, de las que tratan del problema indio en Méjico, es la de Gregorio López y Fuentes y que lleva el título de **El Indio**. Es un retrato gráfico de la vida en una comunidad indígena en una región remota y montañosa, de sus conflictos con el blanco, avaro de tierra y de oro, de su participación contra su voluntad en la Revolución, y de los resultados dudosos del programa revolucionario para ayudar al elemento indígena. Los rituales, las supersticiones y las costumbres legendarias del indio, quedan entretnejidos en la historia con tanta destreza, que el lector no tiene la impresión de ser turista, y de estar husmeando lo pintoresco. Los personajes nativos, aunque no llevan nombre en la

novela, son individuos claramente definidos con su propia personalidad. No actúan como blancos, sino de acuerdo con un complejo psicológico peculiar a su raza. El libro es una gran presentación artística del problema del indio, en la que el elemento de propaganda está notablemente excluido. Las implicaciones de la situación miserable de la población nativa de Méjico, son claras e impresionantes, pero no aboga el autor por cualquier programa partidista, sea comunista, católico o socialista. Y en esto está el gran mérito de **El Indio** de López y Fuentes, novela que merece ser más conocida en todos los países que tienen el problema de la raza indígena.

Aunque la novela mejicana de inspiración revolucionaria, y la novela de tema indigenista son tal vez las que definen mejor la literatura moderna de implicación social, existe también una gran variedad de obras contemporáneas que representan un profundo interés en otros aspectos del problema social en América. Desgraciadamente me falta el tiempo para hacer otra cosa que indicar sin comentario, las líneas generales de estos nuevos esfuerzos de americanismo. Varios buenos novelistas cubanos, Carlos Loveira, por ejemplo, han investigado la vida y las tribulaciones de los descastados de aquella isla verde y bella. Dignos de elogio son algunos de los escritores venezolanos y colombianos, que han hecho estudios llenos de vigor y de emoción, sobre los problemas que han acompañado a la explotación de la selva virgen de sus patrias. Las múltiples llagas sociales que resultan de la creación de las grandes ciudades modernas, tales como Santiago, han sido el tema de las novelas fuertes y realistas de Joaquín Edward Bello, escritor chileno que se puede contar entre los mejores novelistas del continente. Manuel Gálvez, argentino, y Humberto Salvador, ecuatoriano, han hecho la presentación artística de la vida urbana de sus respectivos países, y sus obras contribuyen afirmativamente a un americanismo sólido. En los capítulos de una docena de novelistas menores, se puede seguir la vida y las desgracias del pescador cubano o chileno, del chiclero en la jungla yucateca, del minero chileno, del empleado público de Bogotá. Y no he dicho nada de la valiosísima novela social del Brasil. Esta es tan rica en su técnica, en su sinceridad, y en su aportación americanista, que merece una conferencia aparte, la cual bien pudiera dar mi distinguido co-

lega, el Embajador del Brasil. Tampoco cabe en estos breves comentarios, la discusión de una serie verdaderamente asombrosa de relatos bolivianos que nacieron de la guerra del Chaco. Fueron novelas que llevaron el sello de un americanismo crudo y sincero.

No hay que negar la verdad. Estas obras de tema social que han brotado con tanta profusión en la América hispana del siglo veinte, son en su mayoría tristes, brutales, amargas. No son literatura de evasión en la que se pinte una vida de ensueño y sonrisas. Esas obras apenas gustarán a las damitas elegantes de la alta sociedad. Pero en el proceso de la creación de un americanismo fuerte y sano, ellas son de enorme importancia. Implícita en su misma tristeza y brutalidad, hay la esperanza de la robusta América que está formándose, una América libre de la pobreza material y espiritual, una América que rechaza la cultura caduca del viejo mundo, y que está regocijada de su propia fuerza.

Para terminar, permítanme ustedes el ofrecer un humilde consejo. En los círculos intelectuales de la América Latina he notado cierta tendencia a buscar en la literatura moderna de los Estados Unidos, los modelos que antes se buscaban en Europa. Según mi parecer, esto sería dañoso. Nosotros en los Estados Unidos, también estamos formando un americanismo literario. Tratamos de librarnos de la imitación de los modelos extranjeros. Queremos fervorosamente que ustedes conozcan nuestras tentativas, que lean nuestros libros con simpatía, y que haya a lo largo y a lo ancho del continente, un intercambio de cultura intenso y fraternal. ¡Pero no nos imiten! Las dos Américas tienen que encontrar cada una su propia conciencia y su propio modo de expresión. Y esto se logra cultivando la tierra natal, llegando a conocer y a querer a los árboles y a la gente del propio suelo. Tarea árdua es ésta de crear un verdadero hispanoamericanismo literario. Y nunca se realizaría este magnífico ideal, soñando en París, en Madrid o en Nueva York.